

MÉRIDA CONTRA EMERITA AUGUSTA

A finales del pasado mes de Marzo se celebró en Madrid el II Congreso Nacional de Arqueología.

Durante sus sesiones fueron leídas y discutidas numerosas comunicaciones y propuestas. Reinó en todo momento la denominada «paz arqueológica». No es que las jornadas transcurriesen en una anodina monotonía, sino que los puntos de controversia fueron discutidos cordialmente, sin que por un momento se alterasen los ánimos.

Pero hubo una excepción en la tónica de normalidad y moderación con que transcurrieron las sesiones, fué una verdadera orgía de vituperios en contraste con el resto de los asuntos tratados. Ocurrió así:

Acababa de ser leída una comunicación que hacía referencia a unos restos constructivos, situados en las inmediaciones de Mérida (era solamente una descripción de los mismos en un sentido informativo). El Presidente, según costumbre, preguntó al auditorio si alguien deseaba hacer uso de la palabra. Lo hicieron sucesivamente seis congresistas, uno de ellos de nacionalidad portuguesa. Todos consumieron su turno con un diluvio de acerbas críticas contra el abandono, o por mejor decir, la abierta hostilidad que en la actual ciudad de Mérida se siente respecto a las venerables ruinas de la vieja EMERITA AUGUSTA. Y quienes tales cosas dijeron eran los más ilustres representantes de la Arqueología peninsular. Sus frases, impregnadas de exaltada indignación revelaron a quienes lo ignoraban todavía, que en tierras de Extremadura, una colectividad entera perseguía con saña los vestigios de un pasado glorioso; nadie se libró de los ataques, a unos se les tachó de activos agentes destructores, a otros de cómplices, por su pasividad ante los continuos atentados perpetrados contra la historia antigua de la Patria.

Y lo más triste del caso es que tenían razón; seis meses de estancia en Mérida, asistiendo con ira impotente a los continuos destrozos, así me lo habían demostrado. Fué emocionante descubrir por vez primera que una absoluta unanimidad denunciaba el bochornoso caso de Mérida.

Y esto ocurre cuando España se dispone a organizar un Congreso Internacional de Arqueología ¿Qué dirán los arqueólogos extranjeros cuando los llevemos a orillas del Guadiana y contemplen incrédulos el crimen impune que a diario se comete con la metrópoli romana, capital de Lusitania? ¿Qué opinión, bochornosa para nosotros, se formarán al contemplar el antiestético depósito de aguas que domina el Teatro? ¡Ese Teatro cuya fama hace célebre en el mundo entero el nombre de Mérida! Tendremos que decirles que todo aquel caos, las irreparables destrucciones son obra de un supuesto progreso que maneja a ciegas la piqueta demoleadora.

Pero volvamos al Congreso. Concluídas las fogosas intervenciones a que hicimos antes alusión, se acordó por unanimidad recabar de la Superioridad el apoyo moral y material para poner un dique a tanto desmán.

Con una salva de aplausos a quienes habían hablado concluyó la condena de oprobio que se lanzaba sobre Mérida.

Las acerbas críticas del II Congreso Nacional de Arqueología no eran en modo alguno exageradas, si algo podía reprochárseles era tal vez debilidad, pese a la dureza con que se emitieron. Sin embargo antes de lanzar contra todo un pueblo el anatema de salvajes, es preciso escuchar las explicaciones que éste dé para paliar sus culpas, si acaso las reconoce. No parece propio de personas ecuánimes infamar a miles de personas con el estigma de vándalos, máxime cuando está en litigio, no una acusación de poca monta sino una de alta traición cometida en menoscabo de nuestra progenie latina.

En busca de soluciones se ha elevado una protesta a la Superioridad, como dijimos antes. Cabe preguntarse: ¿No habremos desorbitado un problema que (dentro de su transcendencia) podría solucionarse en el ámbito local, sin necesidad de molestar a los Poderes Públicos ocupados en asuntos de mayor importancia? ¿Qué ocurre realmente en Mérida? En vez de hacer veladas alusiones indagemos y con toda crudeza digamos la verdad, si es que la podemos descubrir. Es deseo mío, estudiar en este trabajo bajo todos los aspectos posibles, con la objetividad de un árbitro, los fundamentos de la denuncia formulada en Madrid, con la que me considero totalmente identificado salvo en algunos detalles; las contradicciones que aparezcan no deben atribuirse a un afán de enmendar la plana a quienes merecen ser oídos con respeto por su sólida formación científica, sino simplemente a un mejor conocimiento del problema por haberlo visto de cerca, sin la perspectiva difusa de la lejanía.

* * *

Mérida, hija predilecta del Guadiana, confiada en el pronto apromeramiento intenso de sus aguas, vislumbra un risueño porvenir de prosperidad. Sus habitantes son cordiales y hospitalarios, la rigen autoridades que se desvelan por el bienestar y buen gobierno de la misma.

Tan halagüeñas cualidades se ven ensombrecidas por una terrible enfermedad. Si, triste es decirlo, pero la realidad es que Mérida está enferma; padece una dolencia de moda, divulgada por los cines y la literatura contemporánea. Su mal es un «complejo», una psicosis que muchos califican de incurable; por los síntomas externos con que se manifiesta la podríamos denominar «emeritofobia». Por su culpa Mérida peca de ingratitud. Cuando era una población vulgar, como hay tantas en el mundo, unos hombres beneméritos sacaron para ella de debajo de la tierra un maravilloso Teatro Romano y una serie de monumentos y vestigios antiguos, que esparcieron por todo el mundo civilizado la fama de la Pompeya extremeña. Desde enton-

ces todos los mapas mundiales colocaron junto al nombre de Mérida una indicación de que todo turista en viaje por España debía visitarla. Se la dotó, para mayor atractivo, de un Parador de Turismo que muchas ciudades de abolengo le envidian

¿Cómo corresponde Mérida a tanto beneficio? Con la peor moneda, convirtiendo en tópico local la frase de que «maldice la hora en que los romanos la eligieron como sede de una de sus colonias». En su desvarío pretende borrar dos milenios de gloria... cada día avanza un paso más en su propósito y si no se lo cura no tardará en consumir su delito.

El odio al pasado es una anormalidad patológica, en casi todas partes el arqueólogo encuentra generalmente el apoyo entusiasta de una minoría, la curiosidad de los más, una curiosidad llena de simpatía, nunca de odio, salvo en Mérida. Y es por lo tanto una anormalidad.

Eu toda anormalidad de índole psicológica debemos buscar en las profundidades del subconsciente los posibles orígenes para evitar que nos extraviemos en la búsqueda de la curación. La crisis de Mérida tiene un fondo de lucha, la ciudad nueva ansía crecer pero pretende hacerlo aplastando a la antigua y de ahí el pavoroso conflicto planteado.

* * *

«La vida no puede ser detenida por lo que está muerto». Así razonan, o desrazonan, quienes ansían aniquilar la vieja Emérita. Se aferran obstinadamente al aforismo, imposibilitando cualquier intento de regulación de relaciones de convivencia entre las dos ciudades. Podríamos decirles, si milagrosamente nos quisieran escuchar, que los restos antiguos no son osamentas de cadáveres sino la herencia sagrada de nuestras tradiciones, hay en sus muros rotos la necesaria palpitación de vida para que la oigan quienes no cierran los oídos de su inteligencia.

Los arqueólogos más «enragés» tienen también sus frases hechas y sus soluciones, demostrando que también obedecen más a la testarudez que al buen sentido. Su punto de vista en el problema que nos ocupa es sencillo: arrasarla lisa y llanamente el casco urbano de Mérida, en su totalidad, y construir al otro lado del río una nueva ciudad. Tal solución sería magnífica, el «*desideratum*». Lo que no sabemos es si estos señores se han parado a meditar con qué caudales cuentan para llevar a cabo su peregrino programa.

Entre ambas facciones un profundo foso, tierra de nadie y hay que militar en una u otra bandería. ¡Sería hermoso tendernos las manos y buscar juntos, con buena voluntad una solución ecléctica que a todos conviniera!

* * *

Mérida experimenta actualmente la imperiosa necesidad de expansionarse, de acrecentar su casco urbano y, como no puede ci-

mentar en el aire sus nuevas edificaciones, las planta pisoteando la ciudad vieja, rasgando sus enterrados caseríos con la inconsciente jactancia de un nuevo invasor bárbaro. La Ley vela por evitarlo pero no cuenta con el apoyo de la opinión ciudadana y se ve burlada frecuentemente.

Ante el hecho incontrovertible de que toda remoción de tierras se convierte «*ipso facto*» en fuente de hallazgos arqueológicos, los organismos científicos han aconsejado que el ensanche que necesita la ciudad moderna se haga en la otra margen del río. Allí sólo esporádicamente podrían efectuarse hallazgos de interés y no habría peligro de que una vez comenzadas las obras hubiese que suspenderlas por orden del Ministerio de Educación, a través de sus departamentos encargados de velar por los restos arqueológicos.

Muchos esgrimen el argumento de que el Guadiana es demasiado ancho y por tanto más que ampliar Mérida habría que pensar en fundar otra ciudad autónoma. Tienen razón aparentemente; en realidad, creemos que exageran un poco. No conozco con exactitud el proyecto de ensanche pero sé por referencias que es muy ambicioso. Extendiendo progresivamente el casco urbano de la ciudad hacia la zona de los llamados «Bodegones» llegará el día en que la distancia entre los barrios extremos será considerable. Si las nuevas viviendas se construyen en la margen izquierda del Guadiana, estarán efectivamente a unos centenares de metros de la otra orilla, pero las comunicaciones quedarán aseguradas entre el viejo puente romano y el nuevo que se construya. La nueva ciudad correrá paralelamente a la actual Mérida y no habrá necesidad de alargar ésta desmesuradamente en sentido longitudinal.

Recordemos de paso que en la margen izquierda está la industria que mayor número de obreros emplea. Hoy día casi todos ellos tienen que cruzar el río para ir a sus hogares.

En apoyo de nuestra tesis podríamos citar muchos ejemplos de ciudades cuyo caserío se extiende en las dos márgenes de ríos de amplio cauces. Sin necesidad de salir de la provincia tenemos a Badajoz.

De prevalecer el criterio que exponemos (es el sustentado por los organismos de Bellas Artes), desaparecería radicalmente el mayor motivo de fricción que existe entre el municipio de Mérida y los medios culturales nacionales. Podríamos entonces saludar alborozados la aurora de una nueva Era para la vieja Emérita, reconciliada y hermanada con la nueva Mérida.

De no aceptarse esta solución continuará la lucha, sórdida, fratricida, con mezquinos éxitos para cada bando. La ciudad nueva crecerá a pequeños intervalos, raquiticamente, destrozando cuanto encuentre a su paso y teniendo de cuando en cuando que dejar atrás, enquistados fragmentos en sus paredes, como ocurre con el trozo de puerta de la muralla primitiva, sobre cuyos sillares se construyó a caballo una escuela. Ignoro si habrán arreglado aquello, cuando lo ví ofrecía un lamentable espectáculo, un verdadero atentado a la estética.

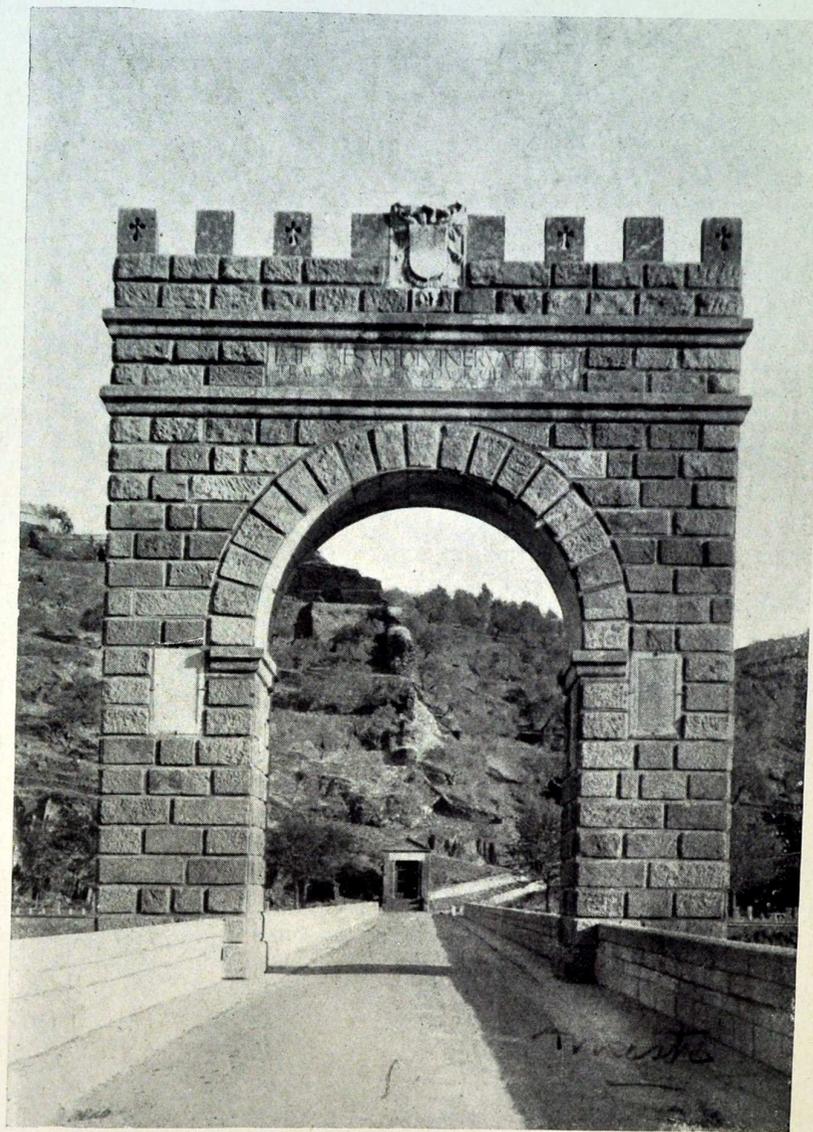
Con anterioridad a los proyectos de urbanización existía ya malestar contra Emérita. Lo fomentaban principalmente aquellos propietarios que temían que sus casas, sus solares o campos fuesen declarados de interés arqueológico y expropiados. Sobre sus cabezas la arqueología era una especie de espada de Damocles presta a caer. No discuto si su postura es lógica o egoísta, me limito a señalar una de las fuentes de la «psicosis» a que antes aludía, tal vez la principal por haber comenzado hace tiempo su labor desmoralizadora.

En su descargo debemos decir que muchas veces un hallazgo antiguo constituyó y sigue constituyendo un grave perjuicio económico para el propietario de los terrenos en que se realizó el descubrimiento. Expongamos un caso a guisa de ejemplo. Supongamos que alguien, cumplidos todos los requisitos legales, abre una zanja para una acometida de aguas, una cimentación o lo que fuere. Al ahondar no tardarán en aparecer restos romanos. En el acto deben detenerse las obras hasta tanto se dictamine si son de interés o no; muchas veces esto puede hacerse sobre la misma marcha sin necesidad de cesar los trabajos. Si lo descubierto es valioso y digno de conservación deben detenerse las obras, nadie tiene derecho a destruir el patrimonio artístico nacional. Si protesta por la decisión de los encargados de velar por salvar las obras de arte, hace profesión de incultura, de hombre que antepone el lucro y la propia conveniencia al bien del país, que quiere sabotear un documento de la historia nacional. Como se ve el procedimiento es rápido y decisivo, pero se presenta una complicación grave; en Mérida no reside habitualmente ningún especialista en arqueología romana, con derecho justificado a emitir veredicto rápido. Surgen los trámites, los informes que se eternizan en su viaje a Madrid. Con frecuencia obras costosas quedan paralizadas «sine die»; cuando se autoriza su continuación por escaso interés de lo descubierto, la innecesaria demora ha causado importantes pérdidas en dinero y en trabajo. Están indignados el propietario, el contratista, los obreros, que tal vez quedaron desocupados, etc. Sus quejas son acrecentadas por la maledicencia local, creando un ambiente de odio contra la arqueología y quienes abnegadamente, con absoluto desinterés trabajan por ella.

Hemos llegado a una faceta que no salió a relucir en Madrid.

* * *

Lo dicho anteriormente podría hacer pensar que hay negligencia en los medios culturales a los que pertenece el deber de velar por los tesoros de Emérita. No es así. Por la conservación de la vieja urbe y de sus reliquias laboran varios organismos: La Comisaría de Excavaciones controla los hallazgos y realiza algunas campañas de exploración; el Museo conserva y exhibe las piezas de mayor interés para que las admire el público en general; el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional se preocupa por la conservación de los restos monumentales. Cada entidad tiene una misión bien defi



ALBUM EXTREMEÑO: Arco de triunfo del Puente romano de Alcántara

nida, deberían colaborar y no interferirse. A veces el afán de superarse en el cumplimiento del deber produce algunos roces que se traducen en pérdida de prestigio ante los profanos. La Comisaría de Excavaciones, a quien pertenece la primera línea en la investigación, lucha con la escasez de medios. Si tuviese unos obreros especializados a su servicio podría utilizarlos en los hallazgos casuales evitando así muchas veces interrupciones en los trabajos privados, pero sin recursos económicos no puede hacer milagros. El Museo sufre la condena de un edificio inadecuado; sabemos que hay una oferta para construir uno nuevo, la única dificultad estriba en el punto de emplazamiento.

En el capítulo de calamidades consignemos también la nota pícarasca que no falta en los puntos de interés histórico visitados por turistas y chamarileros: la plaga del mercado de antigüedades; no parece tener un desarrollo amplio, pero significa una pérdida continua de monedas, lucernas, vasijas, vidrios y tal vez de piezas de mayor interés. Es difícil controlarlo y reprimirlo dado que las excavaciones clandestinas son muy limitadas. Los objetos que, al margen de la ley, se ofrecen a la venta proceden generalmente de hallazgos casuales. ¡Curiosa paradoja la que ofrecen los compradores, siendo amantes de las cosas antiguas contribuyen inconscientemente a su pérdida!

* * *

¡Tétrico panorama hemos recorrido! Destrucción por doquiera, ambiente refractario, pérdidas irreparables, etc.

El pasado y el presente no pueden ser más desoladores, el porvenir aparece incierto y preñado de amenazas. ¿Qué debemos hacer? ¿Cruzarnos de brazos y con espíritu fatalista aguardar a que el tiempo traiga un taumaturgo capaz de hacer practicable lo imposible? Nos exponemos a que llegue demasiado tarde. cuando la muerte de Emérita se haya consumado.

* * *

Admitamos que la situación es crítica, pero no desesperada. En la densa obscuridad se vislumbran débiles rayos de esperanza.

Sin rendirnos a un pesimismo prematuro analicemos las posibilidades que existen de aunar los dispares intereses en pugna.

Llegará un día en que la conciencia de los emeritenses se despierte y sientan vivos anhelos de reivindicar su pasado, evitando que caiga sobre ellos el desprecio general.

Las autoridades locales nunca han cerrado por completo las puertas a la colaboración. Embarcadas en el proyecto de revalorizar la ciudad es lógico que tengan sus objetivos puestos en el progreso de la misma, pero no se les puede acusar de olvidar a la antigua. El Ayuntamiento paga diversas subvenciones encaminadas a coadyuvar en la conservación de los tesoros artísticos. Les brindamos la idea de convertirse en corifeos de una exaltación de la antigua Emé-

rita, que lleven a la conciencia de todos el convencimiento de que las ruinas, aparte de su valor histórico, son un beneficio económico para la ciudad.

La corriente turística podría incrementarse con campañas de propaganda bien dirigidas. No olvide Mérida que cada turista es una fuente de ingresos y si es extranjero sus divisas pueden ser provechosas para el país entero. Al calor de los visitantes podrían crearse industrias de reproducciones artísticas de los principales monumentos o de los objetos más característicos de la cultura doméstica romana, evitando empero que se convirtieran en foco de falsificaciones.

En un plano más elevado sugiero que Mérida podría ser una cátedra perenne, recabando de los organismos centrales la celebración anual de cursillos universitarios de Arqueología Romana. Además del valor formativo que los restos de Emérita supondrían para los estudiantes existiría la reciprocidad de que en todo momento se podría contar con técnicos que dirigiesen las excavaciones que se realizasen.

* * *

Muchas y útiles cosas se pueden hacer, no omitamos que si la tónica actual es apática no falta quien con una generosidad sin límites secunda toda iniciativa fructífera.

El amor a lo bello y el respeto a lo antiguo siempre han sido características de los pueblos inteligentes. Si todos ponemos nuestro grano de arena no tardarán en infiltrarse insensiblemente esas virtudes en los emeritenses.

¡Que el III Congreso Nacional de Arqueología sea testigo de las alabanzas dirigidas a Mérida como celosa amante de los tesoros de su madre Emérita Augusta!

CARLOS F. POSAC MON

A NUESTROS COLABORADORES

Rogamos a todos cuantos nos honran con su colaboración, que envíen sus trabajos firmados.

No basta con que indiquen al pie de ellos y en la última cuartilla, pero a máquina, el nombre y apellidos. Es absolutamente necesario, para estar dentro de la legislación que rige en la materia, que vengan firmados de puño y letra del autor.

La falta de observancia de cuanto antecede nos impondría la tarea de devolver los originales recibidos, para que en cada uno se estampara la firma del colaborador, y habrán de reconocer éstos el tiempo que perderíamos, cuando tan fácil es que se nos complazca en cosa tan razonable y obligada.

Estampas femeninas

Estampa del siglo X

MAROZZIA

En la terraza umbrosa de su carne extasia que enguinalda la pompa de viciosos racimos, entre los cardenales y los duques, sus primos, yace, medio desnuda, Marozzia. La poesía de la tarde muriente poco a poco fundía en un lánguido arrullo los cantos monorrimos con los que, ante su trono, juglaresas y mimos entretienen, famélicos, la noble compañía.

Altiva y displicente, la «senátriz» romana hunde en la lejanía sus ojos de misterio y entre los labios rubros un suspiro desgrana.

Poder, amor, riquezas; todo bajo su imperio. ¿Habrá algo torturante que a su capricho escapa?... Una ambición suprema, hacer a su hijo papa.

Estampa del 1300

LAURA

Espíritu sutil que Dios ha envuelto en rico molde de deidad pagana; como Juno, arrogante y soberana, de líneas firmes y conjunto esbelto.

Acertaste a nacer en el revuelto tránsito de la Edad Media lejana al umbral de la espléndida mañana en que el alma de Roma a Roma ha vuelto.

Fuiste aroma, cristal, embrujo fuiste de sueños que rimó en tus ojos de oro la pasión sin ventura del Petrarca.

Más que tu amor, le diste tu tesoro de pureza y dolor, con que lo ungieste vate inmortal, de la poesía monarca.

Estampa del siglo XX

UNA MUJER DE AHORA

Se hundió en la noche el carnaval. El día comenzaba a temblar en la vidriera...

Todo aquel templo, entre perfumes, era un alma que en sí misma se envolvía.

«Memento homo»... sonaba en la crujía.

Allí orabas. Tu boca se dijera

querer borrar la mancha que aún trajera de besos y de vino de la orgía.

«Quia pulvis es»... Tu frente, atormentada, con una austera cruz quedó marcada...

Otro fuego consume los despojos

de tu loco vivir, y de tus ojos una lágrima, lenta, se desliza, como gota de ajeno, en la ceniza.

Elov SORIANO. Pbro.